

acuerdo las opiniones de los disidentes (1), pretendiendo que toda Iglesia que afirmase lo que las otras negasen, lo probára con la Escritura, con el sentimiento unánime de la Iglesia antigua, y por medio de la discusión.

El mencionado Taylor fué el mejor predicador de Inglaterra, notable por el calor, la piedad, la caridad y el ornamento poético que realzan sus sermones, por lo que se le llamó el Shakspeare del púlpito. Los predicadores suizos eran sencillos y populares, pero menos filosóficos que los Ingleses; los Holandeses sabios y elocuentes; los Franceses dejaban entrever su exquisito gusto y su disposición para la elocuencia, en que debían ser los primeros en la edad sucesiva.

Mientras Grocio en sus citadas *Anotaciones* excluía toda interpretación de la Biblia que no estuviese conforme con su letra, válido de su inmensa erudición, Cocceyo, al contrario, hallaba en todas partes sentidos recónditos: las narraciones se le antojan típicas alusiones, y el Antiguo Testamento una perpétua representación enigmática del Nuevo: y además, como en él se introduce el estilo técnico de la jurisprudencia, considera las relaciones entre Dios y el hombre como pactos; estilo que se asemejaba al que tenían por costumbre emplear los Holandeses de esa época y al que después adoptaron los Ingleses.

También algunos luteranos, aunque rígidamente adheridos á los libros simbólicos, trataron de la vida espiritual, como Arndt en el *Verdadero Cristianismo*, uno de los primeros que esquivó el yugo de la árida forma de la creencia. San Francisco de Sales con su *Filotea* (1606) hizo época en los fastos de la teología devota.

Casuis-
mo.

Quando la moral se ve llamada á dirigir en el confesonario la conciencia de cada cual y resolver las dudas particulares, ¡qué terrible responsabilidad pesa sobre el confesor, sobre el cual podría recaer la culpa de un acto aconsejado ó no impedido ó absuelto! Se publicaron, pues, tratados especiales y sistemáticos, no ya sobre la moral en general, ni aduciendo los casos solamente por vía de ejemplo, sino verdaderamente desmentuzándolos uno á uno como pudiera hacerlo un jurista: de aquí nació una nueva literatura, famosa principalmente por las controversias á que dió lugar entre los Jesuitas y los jansenistas. La moral evangélica aconseja indefectiblemente el partido mas humanitario y mas generoso; pero puesta en contacto con la naturaleza humana corrompida, y con los intereses individuales, queda ofuscada por la ley de la oportunidad. La Iglesia no quiso que pesase sobre el hombre la desesperación del pecado que cometiese, y le llamó al tribunal de la penitencia y de la satisfacción, y como no siempre es posible que al arrepentimiento siga la

(1) « De tolerantia reformatum circa quæstiones inter ipsos et angustiam confessionem professos controversas consultatio, Desiderium et studium concordie ecclesiasticæ. »

reparación, nada se pudo determinar precisamente. Además, en muchos países subsistía la Inquisición bajo severísimas reglas, y el pasar sin absolución un año, sometía al pecador al dominio de este rígido tribunal. Convino, pues, estudiar y buscar remedios y compensaciones, que salvando los derechos de la conciencia, garantizaran el perdón, sin alentar por esto al pecador.

De aquí nació la ciencia *casuística*, mas calumniada de lo que merece. Distingamos la rectitud objetiva de las acciones, de la subjetiva, esto es, el dominio de la razón del de la conciencia; los actos buenos ó malos, de la intención con que se ejecutan. La ética, como ciencia, no puede tratar mas que de la moral objetiva: á la naturaleza espiritual del hombre y á su voluntad se aplica mediante el casuismo, fundado en este axioma: que « en cuanto esté de nuestra parte debemos diligentemente conocer lo que es bueno y ejecutarlo. » ¡Pero con cuántas dificultades se tropezó para su aplicación! ¡cuántas excusas se alegaron! ¡cuántos escrúpulos impidieron que así se hiciese! El confesor solo juzga por lo que el penitente le expone, y por tanto debe atender sobre todo á la intención, pues el que confiesa un hecho, muestra que la conciencia le remuerde, mientras que el que obra contra la conciencia peca, aunque la acción sea inocente. Pero no todas las acciones que la conciencia no condena son inocentes, pues esta puede equivocarse, y aquellas traer su moralidad de un punto mas elevado y evidente. Lo que mas importa es que el confesor aconseje para el porvenir; y teniendo, como tiene, en sus manos la conciencia y la voluntad lo mismo del rey que del último de los hombres, debe procurar con escrupulosa exactitud establecer entre la rectitud subjetiva y la objetiva aquella armonía en la cual consiste la perfección del acto moral. Ahora bien: ¡cuántos casos no podrán ocurrir! ¡cuántas sutilezas que explicar! ¡qué de circunstancias que apreciar! Aquí, no ya por disputas de escuela, sino por la inmediata aplicación de estas reglas, renacen todas las dudas de la moral; si debemos atenernos precisamente á la letra de la ley ó si es permitido interpretarla; de dónde han provenido dos escuelas antiguas en la práctica, y que entonces se manifestaron en los libros: una inmóvil que se atenia á la letra de la ley, y otra flexible que admitía los comentarios.

Mayores irresoluciones nacían de las reglas en que se prescribía la veracidad y las obligaciones á que sujetaba la promesa. Algunos sostenían que esta, ya se hiciera por ignorancia, ya fuese arrancada por el fraude ó la violencia, obligaba al cumplimiento; principio conforme al sentimiento de abnegación voluntaria que impone el Evangelio. Otros, por el contrario, creían que era indispensable acomodarse á las circunstancias y á las pasiones para salvar á lo ménos el dominio de la conciencia. Ya en muchos casos había hallado el interés sofismas en

que apoyarse para raltar á una promesa; pero se culpó á los Jesuitas de haber establecido por sistema una moral de condescendencia, que conservó su nombre. Fundada la compañía no en los rigores de Oriente, no en la edad heroica del Cristianismo, sino en el siglo de Montaigne y de Maquiavelo, trabajando sus individuos mas que macerándose, arrojando la muerte como los héroes en vez de buscarla en austeridades monásticas; no inclinados á los fervores ascéticos, sino dedicados á procurar el bien del género humano que consideraban identificado con el triunfo de la Santa Sede, con frecuencia se hallaban en circunstancias en que hubieran encontrado insuperables obstáculos para su grande objeto, á no haber creído que podía aceptarse como excusa la rectitud del fin. Llamados á aconsejar á los grandes, ¿podían siempre conciliar con la estricta honradez, la conveniencia y las inexorables necesidades de la política? ¿debían, repudiando este insigne ministerio, privarse de un medio tan poderoso para ser útiles á la Iglesia y á la humanidad?

Mucho ménos podían los Jesuitas ponerse de acuerdo con los rígidos casuistas que, no eruyendo suficiente la ley exacta, pretendían que se adoptaran rigores que la razón no imponía, y para los cuales el fuero interno daba reglas enteramente diferentes de las del externo. El mundo, entre las dos leyes de la carne y del espíritu, está demasiado habituado á transigir continuamente, á caminar, digámoslo así, por la diagonal de ambas fuerzas; y algunos que en doctrina no admiten sino una moral severa, se permiten después acciones reprobadas, encontrando excusas y apoyándose en ejemplos y opiniones ajenas; y con mas frecuencia el que duda de la bondad de una acción ó de la rigidez de un deber, se remite á la opinión *probable*; es decir, á la opinión que otro ha sostenido.

Nada tienen que ver con estos los que aplicaban la lógica y los sofismas para hallar argumentos de disculpa, los cuales acababan por destruir de raíz los cimientos de la integridad moral. Admitían, por ejemplo, el uso de la expresión ambigua, verdadera en un sentido, aunque falsa en el que comunmente se la atribuye; la restricción mental, por la que una cosa se decía de palabra, pero con condiciones sobreentendidas; la absoluta superioridad del hombre sobre la palabra, por lo que podía atribuirle un significado diverso del ordinario; exageraban también el probabilismo concediendo que, en caso de duda, se puede hacer lo que no se cree bueno del todo, con tal que esté apoyado en la autoridad de algun casuista; condición nada difícil de llenar desde el momento en que se multiplicaron los tratados, convirtiéndose en ejercicios lógicos.

Sánchez.
1550-
1610.

Gran reputación goza entre los casuistas Tomas Sánchez de Córdoba. Su tratado acerca del *Matrimonio* (Ginebra, 1602) es lo mejor de cuanto se ha escrito sobre tal materia: le afean, no obstante, las impudentes particularidades á

que desciende, que si bien es cierto que pertenecen al confesonario, nada importan ni es decente publicar. Y los que le critican de dar pábulo al escándalo, ¿no conocen que lo mismo podía hacerse con los libros de medicina?

Figuran en esta categoría el Español Tolet, Less, Busenbaum, de cuya *Medulla casuum conscientie* (Münster, 1645) se hicieron cincuenta y dos ediciones, y cuarenta de la *Theologia moralis* de Escobar (Lyon, 1648). Ya hemos hablado al tratar de los políticos del excelente moralista Suárez de Granada, que oscurece á todos los teólogos juristas por la extensión y minuciosidad de las subdivisiones, y por la exposición del asunto bajo todos aspectos y el desenvolvimiento de las consecuencias. Milagro parece que, á pesar de las costumbres escolásticas, consiguieran estos escritores profundizar el asunto de tal modo que apenas quedase objeción, por minuciosa que fuera, que se les escapase; también sabían de las particularidades de los casos elevarse á las consideraciones generales. Verdad es que luego se perdían en varias distinciones, vacilando entre incoherentes sistemas á causa del respeto que tenían á la autoridad.

Lugar muy inferior ocupan los casuistas protestantes, pues ninguno presentó un sistema completo.

CAPITULO XXXIII

Moralistas.

Fuera de estas tan inmediatas é importantes aplicaciones, otros muchos trataron de la moral. Baltasar Castiglione, ensalzado como poeta latino hasta por el severo Scaligero, ofreció en su *Cortesano* el espejo de la vida cortesana en un estilo que no parece de corte. Natural de Mantua, fué mandado, con objeto de que se instruyera, al lado de los príncipes de Milan; acompañó al duque Francisco de Gonzaga á la desventurada expedición de Nápoles, y desempeñó las embajadas de Francia é Inglaterra; gozaba en Roma de la amistad de cuantas personas notables había en ella; siguió á Guidubaldo de Urbino al ejército, y después á la corte, donde el duque, enfermo de gota, y su mujer Isabel Gonzaga reunieron la flor de los nobles. Allí asistió á agudos diálogos, escénicas pompas y espectáculos nocturnos, donde el que tenía alguna habilidad hacia gala de ella. Esta culta y decorosa elegancia fué la que se propuso retratar Castiglione en su libro, introduciendo razonamientos que delineaban las condiciones de un cortesano. Prefiere á la estoica austeridad la condescendencia templada de Sócrates, que dice que la virtud es la ciencia y la ignorancia el vicio. No estudia al hombre como debe estudiarle quien va á dictarle preceptos; la variedad de los caracteres no se encuentra en su obra; nada nuevo quiere que hagan los cortesanos ni impremeditadamente, sujetándose siempre al

Suarez.

B. Cas-
tiglione.

1478-
1529

tipo ideal que propone. Para conseguir esto, preceptúa el modo de vestir, de hablar y de hacer reverencias; de enamorar á una dama, ya sea doncella, ya casada; de mentir y hasta qué punto; dice que el caballero debe especialmente saber la esgrima, el baile, la natación, el salto, la música y otros ejercicios agradables, no debe tener particularidades, es decir, carácter, y debe en fin, poseer el arte de ser inmoral y gracioso. Quiere, no obstante, que evite las adulaciones y las condescendencias immoderadas, y que no calle verdad oportuna; de lo que á sí mismo se ofrece por ejemplo, desaprobando los manejos tan comunes entre los príncipes.

Habiale precedido Agustín Nifo (*De viro aulico et de muliere aulica*), el cual reduciendo el arte del cortesano á esparcir bufonadas y noticias con objeto de distraer el tedio de los grandes, le abrió las fuentes del escándalo, en mengua, como sucede con frecuencia, de la caridad y el pudor. También Mucio, además de sus débiles trabajos teológicos, escribió el *Caballero*, en el que sostiene que la nobleza es personal, y por tanto mayor en el literato que en el soldado; los « Cinco conocimientos necesarios en todo señor joven que éntre en la corte, » que son, no olvidar que es hombre, cristiano, noble, joven y señor; y otras obrillas por este tenor. Fué uno de los primeros que redujo á ciencia las prácticas del duelo, y las sutilezas del punto de honor.

Siendo obispo de Carpéntras Jacobo Sadoletto, Modenes, escribió un tratado sobre la educación (*De liberis recte instituendis*), á fin de que privadamente se cumpliera el defecto de la legislación moderna, que abandonaba al libre albedrío la disciplina, que era por tanto inconstante y descuidada. El verdadero modo de vivir bien, dice que es mantener en equilibrio las pasiones, procurando que estén en armonía con la razón. Por tanto, el preceptor debe acostumbrar á su discípulo á gobernar ordenadamente su interior hasta que contraiga el hábito de hallar placer en lo justo, y en lo injusto desagradado. Esto se consigue por medio de la religión, único fundamento de la verdadera felicidad, y con el ejemplo de los padres. La parte intelectual se debe cultivar con una sana filosofía, por medio de la cual se acostumbra el discípulo á formar ideas claras y adecuadas á los objetos, y á esquivar el prestigio de la ciencia falsa, que es una enfermedad terrible. Una vez enseñado á pensar bien, debe enseñarse á expresar, bien valiéndose de la poesía, de la elocuencia, del buen trato y de las costumbres caballerescas. Ideas atrevidas y originales no tiene esta obra, pero abunda en sencillas verdades de buen sentido.

Sperone Speroni, que osó escribir una filosofía en italiano, aparece débil y de genéricas doctrinas en los diálogos titulados *Guevara*, *Marco Antonio* y el *Reloj de príncipes*, tantas veces reimpresos; Alejandro Piccolomini, Sienes, profesor de Padua, prosélito de Aristóteles, escribió

De la educación del hombre noble nacido en ciudad libre, copiando mucho de Speroni, un curso de filosofía, el instrumento de la filosofía en cuatro libros y la filosofía natural. Sigue el camino trazado por Aristóteles, su *principio y guía*, y *mas que hombre*, á pesar de que algunas veces se separa de él. Sus contemporáneos no le perdonaron el haber escrito todo esto en toscano; otros le tacharon de innovador herético, porque distinguía siempre la filosofía de la teología, aunque concluía protestando someterse en un todo á los teólogos. Francisco Piccolomini, natural también de Siena, comentó diversas obras de Aristóteles, y escribió en latín entre otras el *Comes politicus pro recta ordinis ratione propugnator*, en que trata de la moral privada (*de moribus*) y social (*de publica*): en esta última discute sobre la propagación del sumo bien, es decir, de la virtud, considerando un deber en los magistrados difundirla en la ciudad y en el Estado.

El *Galateo* de monseñor De la Casa, que solo por admirar su estilo se lee, describe por extenso las costumbres de aquella época, groseras hasta cierto punto, aunque ya empezaban á distinguirse en ellas la etiqueta y las ceremonias españolas. En los *Deberes entre amigos de Estados diferentes* redujo á preceptos el servilismo que se practicaba demasiado, indicando sus deseos de que el inferior nunca ofenda á su amo, y que sufra resignadamente los ultrajes y las burlas de este. Sienta también como principio que la verdadera civilización de un país perezca desde el momento en que la moralidad se evapora en vanas ceremonias, y el deber en actos de cortesía.

En general, los escritores italianos no analizaban al hombre sino ofreciéndole modelos genéricos, desprovistos de la eficacia de los particulares. Nada explica mejor aquel falso sistema que la *alegoría* antepuesta por el Tasso á su poema; así como sus defectos bastan á revelar lo absurdo de su método.

El Tasso, Varchi y otros muchos trataron de puntos particulares de conducta, y especialmente del amor y de la ciencia caballerescas. Comenzaba esta á ganar terreno para convertirse casi en la única norma de comportamiento de los nobles; y en cuanto al duelo, uno de sus puntos esenciales, escribían los teólogos desaprobándole, y los demás reduciéndole á reglas (1). Los nobles, pues, se agitaban en una atmósfera de todo punto artificial; pero de la mayoría de la nación envilecida, del pueblo excluido de los intereses, nadie se cuidaba, á excepción del clero.

Tomas Elyot dió á luz el modelo de un buen ayo. La severa tiranía de los Tudor y el carácter sombrío de Isabel habían introducido entre los Ingleses ciertas prácticas graves y un aire de inseguridad, extraño hasta entonces á su carácter. « De los Ensayos de Bacon dirigidos á

(1) Hablamos de esto largamente en nuestro libro XVI.

convertir las acciones á un fin, y con consejos oportunos para el que quiera ser grande y sabio, » nada decimos, porque basta su título á manifestar su ambición: y en efecto, se dirige más á la política que á la moral, y considera menos al hombre que al ciudadano. Hállanse en esta obra excelentes máximas, pero todas en favor del que manda, al tratar de sediciones, imperios ó innovaciones, y en general del modo con que los jefes deben dirigir á los pueblos. Altamente ensalzadas estas máximas, las escribió de nuevo con objeto de exponerlas á su manera; y una vez presentadas en forma de apotegmas, conservan su gravedad aun en los pasajes donde pudieran haber ganado en belleza. Aun se leen en Inglaterra con preferencia á cuanto se escribió durante el reinado de Isabel, y puede perdonarse ciertamente la fatiga que producen por las semillas que dejan en el ánimo.

La *Religio medici* de Tomas Browne fué traducida en muchas lenguas: las analogías fecundas y á veces espléndidas que la adornan, y el caudal de ciencia que la aquilata, la imprimen una fisonomía particular; á pesar de que se resiente de falta de método y es paradójica sin originalidad y de estilo fuerte, pero duro y melancólicamente egoísta, pues se habla demasiado de muertes y sepulcros. Los *Discursos de sobremesa* de Seden son recomendables por su mucho vigor, originalidad nacional y desprecio con que trata á los eruditos á la violeta, cuyo número ha sido crecido siempre. El *Epítome de filosofía moral* de Melancthon no tiene más objeto que la aristocracia.

Juan Valentin de Andrea, Aleman, superior en extremo á la multitud pedantesca de eruditos y teólogos de su patria, á quienes critica, aunque benévolamente, desentrañó los errores de los hombres para corregirlos. Sus tres libros *Mithologia christiana, sive virtutem et vitiorum vitæ humanæ imaginum* (1618) son muy parecidos á los que Herder tituló *paramiti*. Dicen que fundó los Rosa Cruz, como institución filantrópica (1614).

No ya á las Academias, sino á la buena sociedad, dirigió Miguel Montaigne sus *Ensayos* (1580-88), libro de pensamientos que carecen de orden científico, pero que están conformes con el buen sentido, variados, ingeniosos, y que á pesar de haber perdido el mérito de la oportunidad tanto por el lenguaje como por las cosas de que tratan, son uno de los libros franceses de aquel siglo que mas se leen. Montaigne, que examinado á fondo tiene menos buena fe de la que dice tener (1), es el moralista que con mas facilidad se abandona á ese renacimiento del paganismo de que hemos hablado, y su objeto era volver al hombre al estado en que se hallaba antes del Cristianismo. Su padre (nos agrada estudiar á los autores de las obras morales), un tanto inclinado á la filosofía, que había guarecido en Italia y visto mucho mundo, lo des-

pertaba tocando un violín; le dió por maestro un Aleman, con el que se vió obligado á hablar en latín, que fué la primer lengua que poseyó; le hizo educar en el campo para acostumbrarle á que no despreciara á nadie; le dejó crecer sin dedicarle á mas estudios que á los de las lenguas y á la experiencia propia; y en el colegio á que despues le llevó, le rodeó de tantos placeres que consiguió sustraerlo á la disciplina. Aficionóse allí Miguel á las *Metamorfosis* de Ovidio; de esta obra de estilo tan fácil pasó á las de Lucano, que se distinguían por su hinchazon, y á las de Virgilio, notables por su corrección; se deleitaba con las descripciones de Terencio, Plauto, y de los cómicos italianos; y nada romancesco, buscó el amor, pero solo como un placer: viajó especialmente por Italia con objeto de buscar los puntos de contacto que pudieran tener unas costumbres con otras, así como las respectivas historias de los pueblos, y de romperse la cabeza con la de los demás, echando de menos lo pasado de entre las maravillas del renacimiento: no tomó parte en las guerras civiles: desempeñó algunos cargos sin ambición y con el deseo de deponer la toga para volver á ser hombre; cambió de sentimientos, pues fué liberal cuando nada tenia, y avaro cuando fué rico; pero al fin se colocó en un justo medio: una vez casado desistió de las locuras de soltero, y soportó con intrepidez el peso de los años: « He visto, decía, la yerba, las flores y los frutos de la vida; ahora veo la aridez y no me alijo » porque es natural. »

No era en aquel tiempo la erudición alarde raro, y él ostentó la suya ilustrando sus obras con trozos y citas de autores antiguos ó bien reputados: sin embargo, debió haber leído mucho, pues siempre son oportunos en sus razonamientos los textos y citas que abrumen su memoria. Y aun parece que con su antiguo roce con los antiguos, por los que era fanático (*em-baboyné*), quería olvidar los defectos de su época y hallar la paz, ya que no en otra parte, en sus sepulcros. Esto no le impedía juzgar por sí, y pudiera decirse que solo empleaba los nombres de Plutarco, Séneca y Lucano para facilitar la emisión de sus pensamientos propios, pues que en vez de ceñirse á los de aquellos tiranos de la inteligencia, pensó por sí mismo y expuso lo que observó como efusión espontánea de su ingenio sencillo y ardiente.

Habla á menudo de sí mismo, porque á sí mismo se observó especialmente (1). Parece querer sustraerse á la imputación de ambición vulgar, revelando también sus vicios y hasta sus debilidades; pero es un vano artificio, pues los refiere, y no los desaprueba, y se trasluce su intención de aparecer mas digno de estimación á pesar de ellos y aun por ellos mismos. Aun cuando habla de culpas verdaderas, no se muestra arrepentido de ellas, y confiesa que si vol-

(1) « Me trouvant entièrement despourvu et vuide de toute autre matiere, je me suis présenté moy meme á moy pour argument et pour subject. » Lib. II, c. 8.

(1) C'est icy un livre de bonne foi. Así comienza.

viera á nacer, sería el mismo; la muerte tampoco le hace arrepentirse, y la prueba es que dice: « Me arrojo en brazos de la muerte como un estúpido, sin considerarla ni reconocerla, » y como quien se arroja en una profundidad » muda y oscura, que me devora de una vez y » me sofoca en un instante, porque estoy sumergido en un poderoso sueño de inacción y de » indolencia. » De este modo proporciona á su orgullo el placer de señalar sus culpas sin mortificación, convirtiéndose en triste ejemplo para aquellas confesiones de los que tanto gozaron analizando sus vicios, por el solo deseo de ostentarlos.

Montaigne conoció que la prosa estaba llamada á tomar el carácter de la charla tan propia de los Franceses. Florido aun en las abstracciones, presenta siempre las ideas en forma de imágenes variadas, fáciles y transparentes: apenas se cura de la lengua, y sin embargo es clásico, y en él comenzó la verdadera literatura francesa (1). La jovialidad bondadosa de los hijos de Francia, su penetrante sagacidad, maliciosa, pero no maligna, aquel aire de confianza, aquel continuo describirse á sí mismo, aquella gracia, aquella satisfacción, aquellas palabras escépticas que tomó de otros autores, y que de accidentales convierte en principales; en fin, aquel tono de narrador fiel de una inconexa serie de anécdotas, hacen que su lectura sea tan agradable como la conversacion de una persona culta y amable, como las palabras de un viejo lleno de experiencia. Nunca demuestra abrigar una dañada intencion, sino que describe las cosas tal como las ve, sin mas objeto que describirlas, como en las escuelas se copia del natural por solo estudiarle; observa lo que es, y lo revela propiamente, y en una palabra, de modo que acostumbra al alma á meditar sobre sí misma, si bien la conduce á descuidar todo lo que sea acción, y á gozar en la soledad de su libertad é inteligencia propia.

En aquel siglo todo se traía al terreno de la discusion; y segun los países, lo que en unos era santidad, en otros era supersticion, lo que en unos revueltas, en otros libertad. La multitud se agitaba en todas partes, y aunque la incertidumbre debiera haber inclinado á la tolerancia, solo se hallaba aquí y allí dogmatismo, pasión y persecuciones. No parecia que quedaba á los pensadores otro refugio mas que la duda, y á ella tambien se acomoda Montaigne, pues define al hombre de este modo: « Un ser vacilante y mudable. » Y luego « en esta universalidad yo me dejo manejar, haciéndome el » ignorante y el negligente, por la creencia » general del mundo... ¡Oh! ¡qué almohada tan

(1) « Le parler que j'aime, c'est un parler simple et naïf, tel sur le papier qu'à la bouche; un parler succulent et nerveux, court et serré; non tant délicat et peigné comme véhément et brusque... La recherche des phrases nouvelles des mots peu connus vient d'une ambition scholastique et puérile. Puis-je ne me servir que de ceux qui servent aux galles à Paris. » MONTAIGNE I, 25.

» dulce y blanda es la ignorancia y la indiferencia para apoyar en ella una cabeza bien » constituida! La incertidumbre de mis juicios » aparece en la mayor parte de los casos tan » fluctuante, que con la mejor voluntad del » mundo la sometería á la decision de la suerte » y de los dados. » De este modo acude á la duda para avergonzar á la razon humana de su orgullosa insuficiencia: se complace en poner en relieve los defectos de la sociedad, no porque la compadezca sino en tono de burla, aunque sin rencor como hacen todos los observadores, y en poner frente á frente diversas opiniones, diversas costumbres, aceptando sin discernimiento la pintura que de ellas hacen los viajeros; enemigo de todo trabajo penoso, al hallar una dificultad se detiene dándola por invencible. Cuando la razon multiplica sus dudas, acude á la revelacion, no porque la dé asenso, sino por la necesidad de creer algo.

Nunca hace mencion en sus obras del Catecismo, ni en sus arranques de entusiasmo de la Gracia. Parece imposible que no sienta el Cristianismo que tan infiltrado estaba, no solo en las ideas y en las costumbres, sino en el escépticismo, hasta el punto de hacerle respetable: pero no se toma el trabajo de combatirle, obra como si no existiese, como si nadie hubiese dicho que la naturaleza humana estaba afecta á la corrupcion, y que se debe hacerla frente, no secundarla: cuando se ve precisado á hablar de la Cruz, la coloca lejos, muy lejos, sobre una montaña elevada, con objeto de que inspire veneracion é indiferencia al mismo tiempo. Quería quitar de este valle de expiacion las espinas; no reconocia abnegacion en los placeres, ni otro limite en las diversiones mas que el que pudiera perjudicarle: rechazaba la aridez en la educacion, tanto que se comprometia á enseñar la lógica en cuatro ó cinco dias: hacia consistir la ciencia en la moderacion: la religion, las tradiciones y la Escritura eran para él otros tantos obstáculos que se oponian al desarrollo de esta pretendida sabiduría. Tampoco quería que se le redarguyera por lo que había dicho ó pudiera decir, porque su memoria era *portentosamente infiel*.

Su filosofía, pues, no tiene raíces profundas y sería imposible trazar su sistema al través del caprichoso desden de las probabilidades. Como la espiga de trigo, que mientras está vacía se tiene derecha, pero una vez granada se inclina, el hombre, segun él, una vez empapado en los conocimientos humanos, se humilla y reconoce su ignorancia. Por esto se ve que la incoherencia es uno de sus defectos, y con justicia se le acusa de haber servido de obstáculo con sus dudas y aseveraciones á la leal investigacion de la verdad, poniendo en moda el descuido de tan importantes cuestiones, é introduciendo el egoísmo en la moral y el libertinaje en la literatura. Sus paradojas contra la sociedad y sus ideas sobre la educacion fueron despues adoptadas por Rousseau, que las exageró, dando á

CAPÍTULO XXXIV

Erudicion é historias.

El gran movimiento impreso por las cuestiones religiosas hizo que Alemania prevaleciera sobre Italia en la filología: sin embargo, aparece como muy inferior á esta respecto del estilo latino. Sleidan tambien figura al frente de los Italianos en la prosa, al paso que los Amalteis y algunos otros Italianos son inferiores á los poetas latinos que aparecieron en otras partes, especialmente en Francia y Holanda, y entre ellos merecen particular mencion Mureto, Enrique Stéfano, José Scalígero y Sammarthano, que escribió la *Pædophilia*, exhortando á las madres á amamantar á sus hijos (1). No obstante, el Verones Flaminio se halla á la altura de los antiguos. Superó á todos el Escoces Jorge Buchanan, que escribió muchas poesías obscenas, otras contra los frailes y la religion, no avergonzándose de confesar que lo hacia de orden del rey (2). Su mejor obra es la *Sera* que abria campo á muchas digresiones: los salmos son mas alabados de lo que merecen.

La erudicion había combatido tranquilamente acerca de los clásicos y de la eleccion de palabras, hasta que la Reforma hizo sospechoso para los Católicos un estudio que invadia el campo de la fe, al paso que era objeto de mofa para los protestantes por su insulsez. Famosa lucha se empeñó entre los *jotacistas*, sostenidos por Rechlin y Melancton, y los *etistas*, acaudillados por Erasmo, respecto á la pronunciacion del griego; Frobenio y Badio Ascencio multiplicaron las ediciones de los clásicos, ademas de Pedro Vettori, Lambino, Turnebo, Silburgio, Lipsio, Grocio y Fabricio; ninguno aventajó á Isaac Casaubon, de Ginebra, en cuanto á la correccion conjetural de los textos; el *Thesaurus* de Roberto Stéfano facilitó la correccion de la escritura y los *Comentarii linguæ græcæ* de Budeo, aunque desordenados,

(1) *Ipsæ etiam alpinis villosæ in cantibus ursæ, Ipsæ etiam tigres, et quicquid ubique ferarum est, Debita servandis concedunt ubera natis. Tu, quam mihi animo natura benigna creavit, Exsuperes feritate feras? nec te tua tangunt Pignora, nec querulos pueri et gutture planetus, Nec lacrymas misereris, opemque injusta reenas, Quam præstare tuum est, et que te pendet ab una Cujus onus teneris hærebit dulce lacertis, Infelix puer, et molli se pectore sternet, Dulcia quis primi captabit gaudia rieuus, Et primas voces, et blæsæ murmura linguæ? Tunc fruenda alii potes illa relinquere demens? Tantique putas teretis servare papillæ Integram decus, et juvenilem in pectore florem?* GRUTER. T. III, lib. I, pág. 266.

(2) *Vice en su misma vida: « Rex Buchananum, forte in aula agentem, ad se advocat... et jubet adversus Franciscanos carmen scribere. Ille utroque juxta metuens, carmen quidem scripsit, et breve, et quod ambiguum interpretationem susciperet. Sed nec regi satisfacit, qui acre et aculeatum poscebat... Igitur acrius in eos jussus scribere, eam sylvam quæ nunc sub titulo Franciscani est edita, inchoatam regi tradit, etc.*

Montaigne una influencia que no ejerció seguramente en su siglo.

Sin embargo, el escépticismo le indujo á la tolerancia en una época en que esta virtud no era conocida: tranquilo en medio de sus mas apasionados admiradores, desconfia, se burla de los pedantes, pone en tela de juicio la bruñeria, juzga absurdo que se vendan los empleos judiciales, que haya que pagar á la justicia y que se exija la verdad por medio del tormento: no se inclina á los reformadores porque son turbulentos, ni á sus adversarios porque pecan de violentos; condena toda especie de persecuciones, y á pesar de estar cercado de errores y supersticiones, conserva la lealtad del sentimiento propio.

Tambien la *Sabiduria* de Pedro Charron es la ciencia de vivir conforme con la razon. Con una moral mas noble que pura, y reconociendo como único guia el sentimiento interior, se ve obligado á confesar que el hombre no puede practicar del todo la virtud, pero que puede tal vez por medios ilícitos llegar á un fin laudable. Consecuencia perjudicial, pero necesaria, del escépticismo y de la exagerada debilidad humana. Mas metódico pero ménos original en los conceptos y en la tersura de la forma que Montaigne, le copia á menudo, despojándole del desaliño, el egoísmo y la superficialidad, pero exagerándole y dando por absolutas sus dudas: Montaigne dice: *¿Qué cosa soy yo?* y Charron: *Yo no soy nada*; aquel busca la independencia de las ideas, este reniega de toda regla, y cree que solo el escépticismo puede conducir á la libertad filosófica. Las mismas dudas pudiéramos decir que abriga respecto de religion, pues considera la verdadera como un objeto de la mente y el corazon, y por consecuencia independiente del culto exterior.

Á la misma escuela pertenece La Mothe-Vayer, maestro de Luis XIV, escéptico especialmente en materias de religion, y que argumenta contra el sentimiento moral, declarándose mas en favor de las exterioridades y de la moda que del principio regulador. Lo mismo este que Montaigne y Charron, Hobbes y Gassendi formaban una escuela escéptica, que no admitía la autoridad de la razon ni de la conciencia, ni la justicia ó derecho natural, ni otro cualquiera, sino la fuerza y la costumbre. Sin embargo, sacaron la filosofía de las trabas de la escuela á la libertad del mundo, y la quitaron su forma pedantesca para hacerla mas comprensible á la generalidad por medio de diálogos, conversaciones y discursos: conquista importante, no para la moral, sino para los escritores, que siempre que se unen al pueblo consiguen grandes ventajas.

La Mothe-Vayer. 1587-1672.

Charron. 1511-1601.

1506-82.